



UNA MOTOCICLETA POR LOS AIRES

Juan Marchena Fernández

Director de Americanía. Revista de Estudios Latinoamericanos
Universidad Pablo de Olavide

Hace unos años, cuando echamos a andar la revista Americanía, escribía que estábamos [arrancando una motocicleta](#). Me acuerdo ahora de mi amigo Joaquín Herrera que decía cuando le comentaba la idea: *“Suenan, suenan bien ese motor para subir las cuestas que hay que trepar”*.

Se abre ahora una nueva etapa, y otros editores toman el testigo. Y ahí van, parte del aire, porque una vez arrancada, esta motocicleta tiene ganas de aires.

Americanía es hoy una realidad gracias al esfuerzo de los que, la mayoría muy jóvenes, quisieron y siguen queriéndonos brindar esta revista, esta plataforma de comunicación al servicio de la historia latinoamericana.

Americanía es una puerta abierta al intercambio de trabajos elaborados por los jóvenes pero también por los maduros. Una oportunidad para, en el conjunto de las disciplinas académicas, establecer un horizonte común de trabajos entre colegas, intercambiar experiencias y conocimientos, y crear equipos de investigación interdisciplinarios e interregionales, impulsando un espacio común académico y científico en el que crecer.

La motocicleta quedó armada, construida y puesta en marcha. Tiene un equipo editor estupendo y un grupo de sabias y sabios detrás como comité de expertos, que tumba paredes solo cuando sus nombres se pronuncian. Estos profesores y profesoras del programa de Historia de América de la Olavide,

dictando clases y dirigiendo tesis, han ayudado a tantos y a tantas que no hay formulario que los contenga, ni balanza que mida su peso específico, ni termómetro que marque su calidad humana y académica. Raras avis.

Desde 1994 que comenzamos en la Rábida, y luego desde 1999 en la Olavide, hemos organizado veinte ediciones de los cursos de maestría y doctorado, por los que han pasado más de 400 estudiantes y no menos de cien profesores, habiendo producido medio centenar de doctores. Ese es el capital humano con el que parte Americanía. A su servicio está. Y al de todos y todas los que quieran sumarse.

Volvemos a insistir en que la revista es abierta y está abierta. Y tiene un fuerte compromiso con los jóvenes historiadores, en estos tiempos de frío vacío ético, para que sientan que es importante ser, sentirse vivos, gestores del presente analizando el pasado.

Si antes era difícil ser historiador o historiadora, ahora es más difícil todavía, como en el circo. Si por una parte nos señalan como inútiles y prescindibles en el conjunto de las disciplinas científicas, por otra nosotros mismos nos exigimos mucho, nos sumergimos en una cultura tan diversificada como técnica que nos obliga a una formación exhaustiva en muchos campos: en el jurídico, el económico, estadístico, lingüístico, informático, político, arquitectónico, literario, artístico, antropológico, sociológico, arqueológico, matemático, así como nos autodemandamos un conocimiento cada vez más elevado de las técnicas de las ciencias naturales aplicables a la historia. Campos de análisis cada vez más interdisciplinarios y complejos, entendiendo además que debemos aceptar la urgencia de nuestras sociedades, que nos reclaman crear pensamiento en mitad de este paisaje devastado que nos rodea.

Lo escribimos antes y lo repetimos ahora: estos jóvenes y jóvenes que arrancan con Americanía, y el grupo de personas que los apoyamos, pensamos que es necesario construir y arrancar una y otra vez esta motocicleta para que nos lleve por los caminos de la historia del continente americano: carreteras, cuestas, barrancas, rutas, pistas... asfaltadas, apisadas, aserruchadas... aires. Sé por experiencia que arrancar una motocicleta no es fácil, y los caminos son siempre laberínticos. Pero ahí van los jóvenes de Americanía. Aquí están, y yo con ellos, todos con ellos.

Kachkaniraqmi. Aún estamos aquí. Somos, seguimos siendo. Jallalla.